

La tentación y el socorro divino

Autor: G. André

¿Qué es la tentación? Es la incitación a pecar. Y pecar es, fundamentalmente, hacer la propia voluntad, la cual se opone a lo que uno sabe que es la voluntad de Dios. Esta “voluntad de Dios” la resume el Señor mismo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas... Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Marcos 12:30-31).

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Dos clases de tentaciones	3
La tentación exterior.....	4
La tentación interior.....	5
Los recursos divinos	6
Las tentaciones interiores.....	8
El deseo de los ojos	8
La atracción exterior para los ojos.....	8
Atraer la atención sobre sí.....	10
El deseo de la carne	11
Las desviaciones sexuales	11
Los excesos en el comer y el beber	12
Los recursos divinos	13
El orgullo de la vida.....	14
El orgullo de lo que uno es	14
El orgullo de lo que uno ha hecho.....	15
El orgullo de lo que uno posee	15
El orgullo quiere tener el primer lugar.....	15
Los remedios divinos	16
Las tentaciones exteriores.....	18
La oposición	18
Las preocupaciones.....	19
Las tentaciones intelectuales	19
La puesta a prueba	20
El socorro divino	22
En las tentaciones exteriores	22
En las tentaciones interiores	23
El oportuno socorro	24
El socorro fraternal	25
Versículos para memorizar	25

Dos clases de tentaciones

Santiago 1:2-3, 12 parece estar en contradicción con los versículos 13 a 15. En efecto, primeramente Santiago presenta las “diversas pruebas” como sumo gozo, una prueba de la fe que produce paciencia. Hasta agrega: “Bienaventurado el varón que soporta la tentación” .

En cambio, más abajo, subraya que Dios no puede ser tentado por el mal y que no tienta a nadie, pero que “cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido”.

El primer caso considera las pruebas exteriores, como la persecución, las cuales tratan de forzar a un hombre a pecar; en el segundo, la tentación ofrece un objeto a la codicia interior, el cual empuja a alguien al mal.

¿Qué es la tentación? Es la incitación a pecar. Y pecar es, fundamentalmente, hacer la propia voluntad, la cual se opone a lo que uno sabe que es la voluntad de Dios. Esta “voluntad de Dios” la resume el Señor mismo: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas... Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Marcos 12:30-31).

Cuando uno conoce más o menos la voluntad de Dios y no se preocupa por ella, entonces practica la iniquidad –un andar sin ley, sin freno, como lo expresa la versión francesa de J. N. D. en 1 Juan 3:4, es decir en ilegalidad (NT interlineal griego-español de F. Lacueva). Pecar es dejarse llevar por los propios impulsos, deseos de codicia, sin preocuparse por Dios.

El pecado reviste dos aspectos esenciales. El primero es la **transgresión**, la que consiste en traspasar un límite establecido. La ley dice: “No hurtarás”... pero ¡se toma lo que pertenece a otro! Se salta, pues, la cerca establecida por Dios. La transgresión trae la culpabilidad, el aspecto de “deuda” que tiene el pecado. El Señor introduce este principio en varias parábolas (Lucas 7:41-42; Mateo 18:23-35).

El segundo aspecto del pecado es la **mancha**, la cual interrumpe la comunión con Dios, quien tiene los ojos demasiado puros para soportar la presencia del mal. En figura, la lepra representa ese pecado-mancha. El leproso debía ser echado del campamento (Números 5:2); nadie debía tocarle; él mismo, cuando alguien se le acercaba, tenía que gritar: “Inmundo, inmundo”. En Zacarías 3, cuando Josué el sumo sacerdote se presenta ante la luz divina, se le ve vestido de vestiduras sucias (v. 3, Versión Moderna, V. M.) La luz ponía esta mancha en evidencia. Dios interviene y dice: “He quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala” (v. 4). Entonces Josué puede desempeñar sus funciones de sumo sacerdote.

El código penal reprime las faltas que se hacen, sean hechos, sean a veces palabras, y también las faltas en que se incurre por omisión, cuando se deja de cumplir una obligación. Solo la Palabra de Dios condena los pensamientos, la codicia (Éxodo 20:17).

La tentación exterior

Esta implica, ante todo, la coacción que busca forzar a alguien a obrar contra la voluntad de Dios. La tentación exterior tiene también el carácter de una prueba para la fe. Pablo temía que los tesalonicenses, recién convertidos, hubiesen sido quebrantados por la prueba, que los “hubiese tentado el tentador”, y deseaba informarse acerca de su fe (1 Tesalonicenses 3:5). La persecución ¿había enfriado el celo de ellos? ¿Qué alivio cuando se enteró Pablo de que no había pasado nada de eso!

Resistir a la tentación exterior implica sufrimiento. De Cristo nos es dicho: “Él mismo padeció siendo tentado” (Hebreos 2:18). Y bajo su aspecto de puesta a prueba o de disciplina, no parece causar gozo, sino tristeza: “Pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (Hebreos 12:11).

Acerca de la tentación exterior, veamos varios aspectos.

a) La persecución

Esta puede ser abierta, franca, como en los primeros siglos del cristianismo o en el tiempo de la Reforma en Europa. En nuestros días ella lo es en muchos países en los cuales los cristianos son maltratados, encarcelados, deportados y sufren de diversas maneras.

En otras partes la persecución toma una forma menos acentuada, como la burla, las desventajas que deba soportar un creyente en su ascenso profesional, los disgustos y las injusticias. Todos estos son esfuerzos de Satanás para quebrantar la fe, enfriar el celo cristiano y llegar a oscurecer el testimonio, hasta que, si le fuera posible, el cristiano reniegue de su fe.

b) La prueba

“Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida” (Santiago 1:12). Esta “tentación” tiene como objeto hacer aparecer, mediante una prueba, las cualidades o los defectos de alguien, la realidad de su fe. Puede ser permitida por Dios “si es necesario” (1 Pedro 1:6). Hasta puede ser requerida por Dios: “Probó Dios a Abraham” (Génesis 22:1).

Dios también obra mediante la disciplina a favor de los suyos, para educarlos, “para que participemos de su santidad” de una manera práctica (Hebreos 12:7, 10).

c) Los agentes de la tentación

Son, ante todo, los **hombres**; estos odian fundamentalmente a Dios y a los suyos: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros... porque no sois del mundo... por eso el mundo os aborrece” (Juan 15:18-19). Ese odio podrá ser disimulado bajo buenos modales de cortesía y educación; pero básicamente permanece. ¿Es de extrañar?

Las **circunstancias** pueden llegar a ser una tentación exterior, una prueba para la fe, como el gusano que destruyó la calabacera en el caso de Jonás, poniendo a prueba su paciencia (Jonás 4).

¿Quién estaba detrás del gusano si no Dios mismo? Él puede permitir y hasta “preparar” la prueba cuando lo juzga conveniente. Otras veces Satanás es quien incita a los hombres contra los hijos de Dios o influye en sus circunstancias.

d) El mismo Señor Jesús fue tentado

Como nos lo dice Hebreos 4:15: “Fue tentado en todo según nuestra semejanza, **excluido** el pecado” (Nuevo Testamento interlineal griego-español). Pensemos en los esfuerzos del tentador en el desierto; en la constante oposición de los fariseos y otros líderes religiosos de su tiempo; pensemos en la incitación de un discípulo, Pedro, quien quería impedirle que afrontara la cruz. En todas las cosas “sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo” (Hebreos 12:3).

Pero en él la codicia carnal no existía. Nada en él lo atraía hacia el mal. Todas esas tentaciones no hicieron más que destacar su perfección: “No hizo pecado... no conoció pecado... no hay pecado en él” (1 Pedro 2:22; 2 Corintios 5:21; 1 Juan 3:5). Por eso Hebreos 4:15 agrega con énfasis: “... excluido el pecado”.

La tentación interior

Ya no se trata de la coacción exterior para hacer el mal ; en cambio, como lo dice Santiago: “Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido” (Santiago 1:14). La naturaleza pecaminosa permanece sin cambio en el creyente, aunque haya recibido la nueva naturaleza, o sea la vida divina. La “carne” halla su placer en la tentación que excita a la concupiscencia, mientras que la prueba exterior acarrea sufrimientos al que la resiste.

1 Juan 2:15-17 hace énfasis sobre el término «amar»: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él”. Ese amor al mundo se traduce por:

1. “los deseos de la carne” (la codicia empuja al mal),
2. “los deseos de los ojos” (el corazón es atraído por el objeto deseado),
3. “la vanagloria de la vida” (quiere elevarse, mientras que la humildad se rebaja).

Las circunstancias exteriores pueden excitar la concupiscencia interior. Satanás tienta a Eva y le siembra dudas en el corazón; más tarde tentará a Jesús y buscará hacerlo caer. No obstante, solo en Eva respondió la concupiscencia interior: “Vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría” (Génesis 3:6).

El enemigo utiliza las cosas exteriores para estimular la codicia interior. Pero Dios mismo no tienta, y nadie puede decir: «Soy tentado por Dios» (Santiago 1:13). Sin embargo, él puede servirse de Satanás y de sus tentaciones para poner a los suyos a prueba, como en el caso de Job.

Los recursos divinos

Ya lo hemos destacado antes: “Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

a) En las tentaciones exteriores

Se trata de mantenerse firme, de resistir al diablo que busca a quien devorar (1 Pedro 5:8-9). Para ello, el poder de Dios está a disposición de la fe (1 Pedro 1:5). El Señor Jesús “es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:18).

El Salmo 144:1-2 subraya el hecho anterior. En medio de todas las circunstancias adversas de su vida, cuántas veces David pasó por esta experiencia: “Jehová, mi roca... misericordia mía y mi castillo, fortaleza mía y mi libertador, escudo mío, en quien he confiado”.

Pero cuando siguió el impulso de su propio corazón, se refugió en Gat, en los dominios de Aquis (1 Samuel 27:1-2). Más tarde, cuando paseaba sobre el terrado de su casa, una mirada de codicia lo arrastró a un doloroso mal (2 Samuel 11). En cambio, mientras andaba con Dios, pese a los numerosos asaltos del enemigo (en su juventud, cuando era perseguido por Saúl; durante su reinado, cuando le atacaron muchos adversarios), experimentó ese divino poder liberador.

b) En las tentaciones interiores

No se trata de resistir sino de huir: “Huye también de las pasiones juveniles” (2 Timoteo 2:22). José nos da un hermoso ejemplo al negarse a las propuestas de la mujer de Potifar. La tentación exterior podría haber suscitado la codicia interior, pero él supo rehusar las sugerencias exteriores y “huyó” (Génesis 39:12).

La Palabra nos exhorta a hacer morir la impureza (Colosenses 3:5), es decir literalmente, dejarla morir al quitarle el alimento. Para esto es menester el poder del Espíritu: “Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13).

También es importante, como lo dice el Señor Jesús en Getsemaní, no entrar “en tentación” (Marcos 14:38). No colocarse en circunstancias en las que uno podría ser tentado peligrosamente. “El espíritu... está dispuesto”: fácilmente se vanagloria uno de que no se deja arrastrar por el mal, olvidando que “la carne es débil” (Mateo 26:41). Tal fue la experiencia de Pedro cuando, estimulado por su aparente celo por el Señor, entró en el patio del sumo sacerdote, donde precisamente negó a su Maestro.

Cuidémonos de las invitaciones mundanas, de las amistades dudosas; empiezan por la cortesía, pero pueden degenerar fácilmente. Cuando Dina, hija de Jacob, fue a visitar “a las hijas del país”, no previó las nefastas consecuencias. Pronto entró en tentación y atrajo la desdicha sobre los que la rodeaban (Génesis 34).

Otro eficaz recurso es colocarse bajo la luz divina. El Salmo 27 es una hermosa ilustración de ello: “Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré?” (v. 1). Es importante penetrar en la presencia de Dios, ver todas las cosas bajo su luz, para que el corazón sea subyugado por la hermosura del Señor, y para buscar también su pensamiento: “Una cosa he demandado a Jehová, esta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo” (v. 4). Y David añade: “Tu rostro buscaré, oh Jehová” (v. 8). Discernir las cosas a la luz divina antes de comprometernos; buscar la faz y la hermosura del Señor, para que él tenga la preeminencia en el corazón y alimentar la nueva naturaleza con las cosas que permanecen, esto nos preservará de la concupiscencia.

Consideremos ahora más detenidamente los distintos aspectos de la tentación interior, comenzando con “el deseo de los ojos”.

Las tentaciones interiores

El deseo de los ojos

Después de haber dicho de un modo general: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo”, el apóstol Juan prosigue: “Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (1 Juan 2:15-16).

Es difícil distinguir con precisión entre esos tres elementos que atraen al creyente en un mundo corrompido y manchado por el pecado. Sin embargo, parece que el deseo de los ojos es provocado, sobre todo, por los objetos que **atraen** la mirada y hacen desear lo que Dios no ha provisto. A la vez, ese deseo estimula, por medio de cierta ostentación, a dirigir las miradas de los otros sobre sí mismo. El deseo de la carne **incita** hacia el objeto exterior que aviva ese deseo, y proporciona el placer carnal en su sentido restringido. La vanagloria de la vida nos eleva por encima de lo que somos o poseemos, a fin de dominar a los demás. Por el contrario, la humildad conduce a la humillación y a la sumisión.

La atracción exterior para los ojos

En Eva tenemos el primer ejemplo. Incitada por la serpiente, vio “que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos”. Ese deseo, una vez originado, la condujo hasta la flagrante desobediencia de un conocido mandamiento.

La codicia de los ojos produce el deseo de poseer las cosas que Dios no ha dado, o bien, que ha prohibido. En ocasión de la conquista de Jericó, Jehová había ordenado expresamente a su pueblo que no se apropiara de nada durante el saqueo de la ciudad (Josué 6:18-19). Acán vio “entre los despojos un manto babilónico muy bueno, y doscientos siclos de plata, y un lingote de oro...” (Josué 7:21); los codició, los tomó y los escondió en medio de su tienda. La codicia fue suscitada en él mediante lo que sus ojos vieron, lo cual provocó el deseo culpable de apropiarse de las riquezas que Dios no había dado.

El Nuevo Testamento llama “avaricia” a esa avidez de poseer, sea lo que sea (Colosenses 3:5; Efesios 5:3), precisando aun que el “avaro” es un idólatra (Efesios 5:5).

Considerar con envidia las posesiones de los demás promueve los celos y ese inmoderado deseo de disponer también de ellas. 1 Timoteo 6:9-10 nos pone en guardia contra “el amor al dinero”; se quiere poseer los medios para satisfacer las “codicias necias y dañosas” originadas en el alma

que quiere obtener, a toda costa, los bienes materiales que Dios no le ha dado. A Giezi, el criado de Eliseo, su amo le pareció muy ingenuo por no haber aceptado los presentes de Naamán (2 Reyes 5:20-27). Al ver el dinero, los vestidos y el oro que el jefe del ejército sirio había traído, se engendró la codicia en él. Corrió tras el leproso sanado y, con un relato mentiroso, obtuvo de él dos talentos y dos vestidos nuevos, los cuales se apresuró a esconder en su casa. “¿Es tiempo de tomar...?” le reprocharía el profeta.

Balaam “amó el premio de la maldad”: por dinero se fue para maldecir al pueblo de Dios; pero Jehová cambió la maldición en bendición (Números 22:12; 2 Pedro 2:15). Por treinta piezas de plata, Judas, cayendo en la codicia, vendió a su Maestro.

La posesión de bienes materiales puede ser una trampa, incluso un obstáculo para entrar en el reino de Dios. Jesús dice: “Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios”. Los discípulos se extrañan excesivamente de ello, preguntándose quién puede ser salvo. “Para los hombres”, dice Jesús, mirándolos, “es imposible, mas para Dios, no” (Marcos 10:24-27).

Sin duda, Dios nos da todas las cosas en abundancia (1 Timoteo 6:17), y esto para gozar de ellas “con él” (Romanos 8:32). Por eso, los recursos materiales que el Señor confía a los suyos, en una medida más o menos grande, deben ser administrados para él y bajo Su dirección. Ellos son calificados en Lucas 16:1-12 como “lo muy poco... las riquezas injustas... lo ajeno”. Si estos bienes materiales se emplean de acuerdo con Su voluntad, el discípulo será encontrado fiel “sobre poco”. Entonces el Señor lo capacitará para ser fiel “sobre mucho” (Mateo 25:21), es decir, en las riquezas verdaderas, las que duran para siempre. Pablo indica a Timoteo cómo los ricos deben emplear los bienes materiales que Dios les ha confiado: “Que hagan bien, que sean ricos en buenas obras, dadivosos, generosos” (1 Timoteo 6:18). Todo el poder de Dios es necesario para ser guardado de ese deseo de los ojos, “el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios” (Lucas 12:21).

Para ser victoriosos en la lucha contra el mundo hace falta la fe, no la fe inicial para la salvación, sino esta fe viva que se renueva todos los días: “Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5:4). En la vida práctica, consagrar el debido tiempo para andar en las buenas obras que Dios preparó de antemano, para servir al Señor mediante el Evangelio y para el bienestar espiritual de los suyos, nos guardará de numerosas ocasiones en que el deseo de los ojos nos arrastraría lejos de él.

Atraer la atención sobre sí

El deseo de los ojos se demuestra también en el anhelo de brillar, de aparentar más de lo que uno es. Se manifiesta por la vanidad en el vestir, el exagerado arreglo personal, o al contrario, por el desaliño que busca un efecto semejante. Se hará alarde de lo que uno posee, como Ezequías cuando recibió a los enviados del rey de Babilonia (Isaías 39). En un hogar cristiano, ¿ven la luz los que “entran”? (Lucas 8:16). ¿Serán acogidos en una casa en la cual el Señor tiene su lugar, donde los esposos están unidos y los hijos alegres, criados para él? ¿O acaso observarán un lujo excesivo, una búsqueda de lo que es exterior y aparente, a fin de atraer las miradas?

Ese anhelo de brillar puede tomar la forma de solicitar honores. Pablo y Bernabé rehusaron enérgicamente las ofrendas de los habitantes de Listra (Hechos 14:11-18). En cambio, el rey Herodes se sentía halagado con las aclamaciones del pueblo que aplaudía su discurso: “¡Voz de Dios, y no de hombre!” (Hechos 12:22).

También uno puede buscar su notoriedad mediante sus buenas obras (Mateo 6:1-4) o por su conocimiento intelectual, que “envanece” (1 Corintios 8:1) y no edifica. Es fácil citar una cantidad de textos bíblicos bien coordinados –esencialmente con el fin de mostrar el propio conocimiento y hacerse valer– sin que los oyentes reciban bendición. Aunque había sido arrebatado al tercer cielo y tenía de qué gloriarse, Pablo se abstenía de hacerlo para que nadie pensara de él más de lo que en él se veía o de lo que de él se oía (2 Corintios 12:6).

Los fariseos ensanchaban las franjas de sus vestidos y oraban en las esquinas de las calles para que se notara su piedad. En la vida social hay quienes procuran parecer más inteligentes o cultos que otros, y en tanto que rebajan a los demás, se realzan a sí mismos.

“El amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso” (1 Corintios 13:4). Este es el antídoto para la vanagloria. Si se ama al Señor, si se ama a los hermanos, cuidará de la modestia, de aquello que no dirige los ojos sobre sí mismo sino hacia Cristo.

Sin duda, el deseo de la carne –y más aún, la vanagloria de la vida– se hallan muy cerca de los deseos de los ojos. Si uno busca darse importancia, a menudo es para realzarse. Si uno busca satisfacer lo que ha atraído las miradas, se entremete la carne. Hemos intentado definir los caracteres de cada uno de los puntos tratados por Juan, con el fin de hacerlos más sensibles a nuestra conciencia y a nuestro corazón.

El deseo de la carne

Bajo este título se describen específicamente los deseos desordenados o desviaciones de la naturaleza humana, no la “carne” en general, la mala naturaleza tal como se la halla en los escritos de Pablo.

La concupiscencia de la carne se genera en el interior, como lo dice el Señor Jesús: “Lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones...” (Marcos 7:20-21). La concupiscencia entra en juego cuando los deseos naturales son desarreglados, muy especialmente en dos direcciones: la esfera sexual y los excesos en el comer y el beber, «la glotonería».

Las desviaciones sexuales

Al hablar de la resurrección, el Señor Jesús subraya que “en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles de Dios en el cielo” (Mateo 22:30). En el más allá, la muerte física no se produce más, como tampoco, por consiguiente, la transmisión de la vida. En la tierra, toda vida vegetal, animal o humana se transmite de generación en generación. Sin embargo, existe una notoria diferencia: la planta y el animal se reproducen en ciertos períodos; el ser humano puede hacerlo consciente y voluntariamente. Más aún, los hijos que nacen de la unión de un hombre y una mujer no solo son seres terrestres, como un animal o una planta, sino almas que existirán eternamente. De ahí la extrema severidad de la Palabra de Dios respecto a todas las desviaciones referentes a la facultad de transmitir la vida. Esa facultad, ejercida en el marco matrimonial de un hombre y una mujer, unidos en el Señor para ser “una sola carne” (Efesios 5:31), procura una profunda satisfacción. Cualquier otra unión fuera del matrimonio se señala en la Palabra de Dios con el término de “fornicación”.

El período que va desde la pubertad hasta el casamiento es difícil y requiere una constante disciplina personal, bajo la mirada del Señor y con su fuerza. Levítico 22:4-7, dirigiéndose a la familia de Aarón, muestra que la incontinenia no era admitida en Israel y conducía a la impureza; era, pues, necesario purificarse. Pero, después de la puesta del sol, el sacerdote era limpio y podía volver a comer de las cosas sagradas. Hallamos aquí una justa medida de la importancia que se debe otorgar a los problemas que turban el espíritu de más de un joven, que siente en su interior sensaciones que tal vez le hayan llevado a favorecer conscientemente ese flujo de semen.

Hay que distinguir entre el accidente ocasional y la costumbre que puede conducir a una verdadera esclavitud o a una obsesión que corre el riesgo de arrastrar a un desequilibrio psíquico, a un relajamiento de la vida espiritual y a la pérdida de la comunión con el Señor.

Las relaciones de un hombre y una mujer fuera del matrimonio están severamente condenadas en el Antiguo y aún más en el Nuevo Testamento: “El cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor... Habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo” (1 Corintios 6:13-20). Cuán agradecidos estamos de que la Palabra agregue: “... y el Señor (es) para el cuerpo” (v. 13). Podemos contar con su fuerza y sus recursos para ser guardados. Por cierto, es necesario todo su poder, ya que estamos en un ambiente en el cual la pureza de las relaciones según la Palabra ha llegado a ser casi una excepción.

El adulterio, es decir, la relación con un hombre casado o la mujer de otro, es aún más grave. La transgresión del mandamiento de Éxodo 20:14 está condenada a muerte en Levítico 20:10. “¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que sus vestidos ardan?... Así es el que se llega a la mujer de su prójimo... Corrompe su alma el que tal hace. Heridas y vergüenza hallará, y su afrenta nunca será borrada” (Proverbios 6:27-33).

El Señor Jesús va más lejos aún, pues mira al corazón. Después de haber recordado el mandamiento de la ley, agrega: “Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer **para** codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mateo 5:28).

Levítico 18:22 califica de abominación las relaciones de hombre con hombre o de mujer con mujer, como lo hace también Romanos 1:27. Es un desorden moral contra la naturaleza, una pasión desordenada (Colosenses 3:5).

Los excesos en el comer y el beber

En el desierto, el pueblo de Israel deseaba volver a encontrar los alimentos que crecían a orillas del Nilo (Éxodo 16:3; Números 11:5). Cuando Dios los daba, esos alimentos podían recibirse de su mano. El peligro consistía en querer volver a Egipto, al mundo, para satisfacer un deseo carnal fuera de lugar. 1 Pedro 4:3-4 recuerda que algunos andaban en esos excesos antes de su conversión. El creyente es puesto a prueba cuando a sus antiguos compañeros o a sus actuales colegas les “parece extraño” que no se junte con ellos en sus placeres carnales. Un cristiano debe aceptar ser diferente de la gente del mundo. Romanos 13:13-14 insiste sobre este punto: “Andemos como de día, honestamente”. Después de señalar y condenar los excesos del comer y del beber, el apóstol agrega: “No proveáis para los deseos de la carne”.

En todos los tiempos el alcohol ha hecho muchos estragos. Hoy día se han añadido cosas más graves –drogas y otros estupefacientes– por los que uno se puede dejar arrastrar, aun sin darse cuenta. Solo la sobriedad, el dominio propio –con la fuerza que Dios da– podrán guardarnos: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31).

Los recursos divinos

Como lo hemos visto, ante la tentación exterior se trata de «resistir». Ahora bien, cuando estamos expuestos a la concupiscencia de la carne, debemos «huir» (1 Corintios 10:14). Colosenses 3:5 nos habla de «hacer morir» nuestros miembros. Aquí, «hacer morir» significa: dejar que el órgano vaya muriendo por falta de alimento, que se atrofia. ¿Qué “alimento” recogemos de esas imágenes que atraen nuestras miradas, de nuestras lecturas, de los lugares que frecuentamos? Tal libro o revista, tal póster, cosas que parecen no habernos causado ninguna impresión en el momento, reaparecerán más tarde en la memoria con toda su nocividad.

El mismo Señor Jesús ordena: “Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti... y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti” (Mateo 5:29-30).

Para un creyente “atraído y seducido” por el deseo de la carne, el recurso indicado por la Palabra es el de «cortar», espiritualmente hablando. A menudo es muy duro, pero ¿qué prevalecerá en el alma: el amor al Señor o la satisfacción de sí mismo?

Pedro exhorta al creyente a abstenerse “de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 Pedro 2:11). “No proveáis para los deseos de la carne” hemos notado en Romanos 13:14. ¡Cuántas ocasiones de caer podrían ser evitadas si se cuidara de no «entrar en tentación»!

La carrera de Sansón en Israel perdió mucho de su valor a causa de la concupiscencia de la carne. Y la vida de David fue ensombrecida hasta el final a causa de un día de despreocupación en el cual el deseo, despertado por medio de la mirada, tuvo las más trágicas consecuencias.

Ocupar bien los días es una salvaguardia. Sin duda el primer lugar corresponde a la Palabra de Dios y a la oración, alimento y respiración de nuestra alma. Cuántos beneficios siembra Dios en nuestro camino para que gocemos de ellos “con él”. Una sana ocupación del espíritu con un propósito profesional o educativo, un poco de descanso, evasión en la naturaleza o ejercicio corporal adecuado, todo esto constituye una salvaguardia que preservará de muchos extravíos.

La madre de Lemuel dio tres consejos a su hijo:

–“No des a las mujeres tu fuerza, ni tus caminos a lo que destruye a los reyes”.

–“No es de los reyes... beber vino, ni de los príncipes la sidra; no sea que bebiendo olviden la ley”.

–“Abre tu boca por el mudo en el juicio de todos los desvalidos. Abre tu boca...” (Proverbios 31:3-4, 8).

No solo hay exhortaciones negativas, sino también una positiva: Abre tu boca para compartir las riquezas que el Señor Jesús te ha dado. Abre tu boca por los que no conocen a Dios y no saben hablarle. Abre tu boca por los desvalidos y abandonados. Abre tu boca para difundir el Evangelio de la gracia. Consagrar tiempo al servicio del Señor, en su dependencia y por amor a él, podrá salvar almas de la muerte y preservarnos de muchos pecados.

El orgullo de la vida

El deseo de los ojos nos conduce a atraer a nosotros el objeto codiciado. El deseo de la carne nos impulsa a satisfacer los deseos inmorales de nuestra mala naturaleza. El orgullo, en cambio, nos conduce a elevarnos por encima de los demás.

El orgullo de lo que uno es

Es “la condenación del diablo” (1 Timoteo 3:6) tal como nos la describe Isaías 14:13-14. “Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono... seré semejante al Altísimo”.

Satanás supo insinuar este orgullo en el corazón de Eva al decirle: “Seréis como Dios” (Génesis 3:5). Al final de la historia de la Iglesia, Laodicea se vanagloria: “Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad” (Apocalipsis 3:17), orgullo espiritual, peor que todo. El orgullo se vale de lo que uno **es**, de lo que uno **hace** o **tiene**. De nacimiento y, sin mérito alguno por nuestra parte, se puede **ser** inteligente, hermoso o fuerte. Adonías, el cuarto hijo de David, declara: “Yo reinaré”. “Este era de muy hermoso parecer” (1 Reyes 1:5-6). “El fariseo... oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres” (Lucas 18:11).

El orgullo de lo que uno ha hecho

Cuán fácilmente puede uno envanecerse de lo que **ha hecho**. El rey Uzías había manifestado notables cualidades. Todo lo había previsto para el desarrollo económico y la protección de su pueblo. “Su fama se extendió lejos, porque fue ayudado maravillosamente, hasta hacerse poderoso. Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina” (2 Crónicas 26:15-16). Quiso añadir a su función de rey la de sacerdote. Hasta se enojó cuando los hijos de Aarón buscaron detenerle.

En su juventud, Saúl era pequeño en sus “propios ojos” (1 Samuel 15:17). Luego, el orgullo ganó su corazón. Se atribuyó las victorias de Jonatán (cap. 13:4). En vez de destruir a los amalecitas, obró según su propio parecer antes que obedecer a la Palabra de Jehová transmitida por medio de Samuel. Incluso cuando parecía arrepentirse, pidió al profeta: “Te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo...” (cap. 15:30).

Advertido con doce meses de anticipación, Nabucodonosor persistía en su orgullo: “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?” Dios tuvo que herir al rey con locura para enseñarle que el Todopoderoso “puede humillar a los que andan con soberbia” (Daniel 4:30, 37).

Aun Gedeón no resistió el deseo de establecer un trofeo por su victoria: tropezadero para él y su familia (Jueces 8:27).

El orgullo de lo que uno posee

El orgullo se desliza también en lo que uno **posee**. Tal fue el caso del rico en Lucas 12, quien llenó sus graneros y aseguró a su alma que tenía muchos bienes para muchos años (v. 13-21).

Las riquezas espirituales pueden ser causa de un orgullo más grave todavía. “El conocimiento envanece, pero el amor edifica” (1 Corintios 8:1). “¿Qué tienes que no hayas recibido?” (1 Corintios 4:7). ¿Por qué gloriarse de ello, pues?

El orgullo quiere tener el primer lugar

El orgullo quiere también **colocarse por encima de los demás**. El apóstol advierte que no tenga uno “más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Romanos 12:3).

A Diótfes le gustaba “tener el primer lugar” en la iglesia. Rechazaba a los hermanos que no le agradaban y hasta expulsaba a los que deseaban recibirlos (3 Juan 9-10).

En otros tiempos Coré, Datán y Abiram se alzaron contra Moisés y contra Aarón, queriendo atribuirse un puesto que Dios no les había dado (Números 16).

La vida de los mismos discípulos del Señor Jesús no estuvo libre de tal pretensión, o sea, la de querer ser superiores a los demás. En el camino, después que Jesús les hubo hablado de sus sufrimientos, disputaban entre sí para saber “quién había de ser el mayor” (Marcos 9:33-34). Jacobo y Juan, junto con la madre de estos, se acercaron a Jesús para pedirle el mejor lugar en su gloria, uno a su derecha y otro a su izquierda, (Mateo 20:20-28). Y, cosa casi increíble, Lucas nos relata una disputa entre ellos, precisamente después de la institución de la Cena, en la que el Señor había colocado ante el corazón de sus discípulos, los padecimientos que le aguardaban (Lucas 22:24).

El orgullo impulsa también a **compararse a los demás** en el servicio para el Señor. Pablo nos pone en guardia contra este peligro: “No nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos. Pero nosotros no nos gloriaremos desmedidamente, sino conforme a la regla que Dios nos ha dado por medida” (2 Corintios 10:12-13).

Es preciso que cumplamos con el servicio que el Señor ha colocado ante nosotros, que empleemos, “como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”, los dones que él nos haya confiado “conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (1 Pedro 4:10; Romanos 12:3). No debemos invadir el terreno dado a otros, ni apropiarnos de una imagen o un nombre que nos alce por encima de ellos.

Existe también el peligro de que alguien “se engría a favor de uno en contra de otro” (1 Corintios 4:6, V. M.) Tal caso sería un escollo para él mismo, para la asamblea y para el siervo a quien se admira.

Los remedios divinos

Tras haber cedido a la vanidad de mostrar todos sus tesoros a los enviados del rey de Babilonia, “Ezequías, después de haberse enaltecido su corazón, se humilló” (2 Crónicas 32:26). Este es un ejemplo que se debe seguir cada vez que comprobamos que el orgullo se ha deslizado en nosotros y ha producido sus frutos.

Debemos confesar a Dios nuestra falta, volver a tomar conciencia de nuestra condición de pecadores salvados por gracia, recordar la obra de la cruz, los sufrimientos del Señor y la misericordia de la cual hemos sido y somos siempre el objeto.

Y como supremo recurso, podemos volver sin cesar al ejemplo del Señor Jesús: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual... se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo... se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte” (Filipenses 2:4-8).

Si rehusamos humillarnos, Dios debe obligarnos a hacerlo. Tal fue la experiencia de Nabucodonosor. En cambio, sobre Amán cayó el juicio divino. Había conseguido la adulación de los hombres y deseó que lo paseasen por las calles de la ciudad como “el varón cuya honra desea el rey”. En lugar de esto fue colgado en una horca de cincuenta codos de altura que él había mandado preparar para Mardoqueo (Ester, cap. 3 a 7).

A través de la parábola dirigida a los convidados que elegían los mejores asientos, el Señor Jesús nos advierte: “No te sientes en el primer lugar, no sea que otro más distinguido que tú esté convidado por él, y viniendo el que te convidó a ti y a él, te diga: da lugar a este; y entonces comienzas con vergüenza a ocupar el último lugar” (Lucas 14:7-9).

A la exhortación: “Todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad”, Pedro añade: “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo” (1 Pedro 5:5-6; véase Santiago 4:6).

Las tentaciones exteriores

Estas vienen de afuera y buscan hacernos caer; también ponen la fe a prueba para manifestar la realidad de ella. En nosotros, semejantes tentaciones pueden excitar la codicia, esta respuesta de un corazón malvado que encuentra su satisfacción en el mal, o, por el contrario, encontrar la fe que cuenta con Dios y que libera.

La oposición

La oposición proviene del odio de los hombres conducidos por Satanás: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros... porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece... Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Juan 15:18-20). En los primeros siglos de la Iglesia, como a menudo en el curso de su historia, la persecución se ha encarnizado contra los creyentes, constituyéndose en el “fuego de prueba que os ha sobrevenido” (1 Pedro 4:12). Cuando el ángel escribe a Esmirna, subraya: “Tendréis tribulación por diez días” (Apocalipsis 2:10).

Esta oposición puede tomar la forma de burlas, de calumnias (1 Pedro 2:12), o de situaciones de desventaja que a veces un creyente tiene que soportar en su empleo. También puede presentarse por medio de los obstáculos que Satanás suscita en el camino y en el servicio para el Señor (1 Tesalonicenses 2:18).

La Palabra contiene numerosos ejemplos de esta oposición más o menos violenta. Los tres jóvenes hebreos que rehúsan adorar la estatua son echados en el horno de fuego ardiendo (Daniel 3). Juan el Bautista es encarcelado y luego decapitado (Marcos 6:14-29). Jeremías, el profeta, soporta toda clase de afrentas y malos tratos (Jeremías 26, 37, 38, etc.). Unos fueron liberados, “otros fueron atormentados, no aceptando el rescate”. Otros, en fin, fueron llamados a permanecer fieles “hasta la muerte” (Hebreos 11:33-38).

En la parábola del sembrador, las semillas caídas en el terreno cubierto de piedras representan a los hombres que reciben la Palabra con gozo, pero, al no tener raíces, sucumben cuando llega la tribulación o la persecución a causa de la Palabra (Mateo 13:20-21).

El mismo Señor Jesús conoció semejantes tentaciones: por parte del enemigo –Satanás–, fuese en el desierto, fuese en Getsemaní; por parte de los fariseos y otros jefes del pueblo. A lo largo de Su vida él “sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo” (Hebreos 12:3).

Ante semejante oposición, el creyente es llamado a resistir (1 Pedro 5:9), a ser fiel (Apocalipsis 2:10). Solo conseguirá esta fiel resistencia por el poder de Dios que obra en él. Cualquiera sea la medida de la persecución, y en respuesta a la fe, Dios dará la salida al otorgar la fuerza para permanecer firme (1 Corintios 10:13).

Las preocupaciones

Las circunstancias exteriores, y aún más la incertidumbre del porvenir, provocan en nosotros las preocupaciones, el miedo y la angustia. Nuestra falta de confianza es la causa de ello.

El Señor Jesús exhorta a los suyos: “No os afanáis por vuestra vida” (Mateo 6:25). El apóstol subraya: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios” (Filipenses 4:6). El salmista hizo la feliz experiencia de que “en la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma” (Salmo 94:19). Por encima de todo, debemos:

1. Acordarnos de que tenemos un Padre. Esta afirmación se repite siete veces en Mateo 6.
2. Volver sin cesar a las promesas de la Palabra y fijarlas por medio de la memoria en el espíritu, a fin de tenerlas a nuestra disposición cuando surja la inquietud.
3. Aprender a echar nuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de nosotros (1 Pedro 5:7).

En la parábola del sembrador tenemos también la ilustración del efecto de semejantes preocupaciones: “Estos son los que fueron sembrados entre espinos: los que oyen la palabra, pero los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (Marcos 4:18-19). Sin duda, a las preocupaciones se mezclan los deseos; sin embargo, aquellas también surten efecto para ahogar la Palabra e impedir que produzca fruto. Si nuestro espíritu está constantemente inquieto por el porvenir, preocupado por las circunstancias y las dificultades, se aleja de Dios.

“Encomienda a Jehová tu camino, –dice el salmista– y confía en él; y él hará... Guarda silencio ante Jehová, y espera en él...” (Salmo 37:5-7).

Las tentaciones intelectuales

Entre “los dardos de fuego del maligno”, de los que habla el apóstol en Efesios 6:16, se pueden incluir también esas flechas que el diablo lanza para infundir la duda en nuestro espíritu. Él ya había insinuado a Eva: “¿Conque Dios os ha dicho...?” (Génesis 3:1). Satanás lanza sus “dardos” de maneras diversas, mediante lecturas, estudios, conversaciones con personas mal aseguradas

en la fe. La Palabra exhorta a huir de “las profanas pláticas sobre cosas vanas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia, la cual profesando algunos, se desviaron de la fe” (1 Timoteo 6:20-21). El apóstol agrega: “Desecha las cuestiones necias e insensatas, sabiendo que engendran contiendas” (2 Timoteo 2:23).

En la parábola de la cizaña, el campo había sido bien sembrado. Pero “mientras dormían los hombres” vino el enemigo y sembró cizaña entre el trigo. Al principio no se notó. El trigo empezó a crecer. Después de algún tiempo “apareció también la cizaña” (Mateo 13:24-30). Diversas insinuaciones o dudas han penetrado en el espíritu. Al comienzo, no se ven los efectos. Se cree que no hay que darle importancia. Pero las semillas sembradas, un día producen su fruto. Entonces uno se extraña al ver cómo jóvenes que parecían apegados al Señor y fieles a su Palabra abandonan la enseñanza recibida: en un tiempo de sueño, el enemigo había sembrado la cizaña.

¿Qué remedios nos da Dios? Ante todo, “el escudo de la fe” (Efesios 6:16), esa fe que recibe la Palabra de Dios, sin deformarla ni acomodarla, porque procede de Él. Pablo dijo a Timoteo: “**Considera** lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo” (2 Timoteo 2:7). Después de tantas experiencias que habían iluminado el fondo de su corazón, Job concluyó: “**Tú** me enseñarás” (cap. 42:4). Bien podemos imitar esta actitud del alma para con su Señor, frente a las tentaciones que la duda traiga a nuestro espíritu.

La puesta a prueba

“Si es necesario”, dice Pedro, se puede estar por un poco de tiempo afligido en diversas pruebas, para que la fe así sometida a prueba por el fuego, sea hallada “en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Pedro 1:6-7). “Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque, cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida” (Santiago 1:12). Otras veces, Dios permite la prueba, la tentación, para sacar a la luz los obstáculos que entorpecen la comunión con él. Lo permite a fin de que los juzguemos y gocemos nuevamente de la luz de su faz. Así obró Dios con Job, al permitir que Satanás lo probara, empleando aun a sus amigos para sacar a la luz la autosatisfacción que lo llenaba.

Semejantes “tentaciones” a veces toman forma de oposición, de persecución. Pueden proceder de circunstancias difíciles, como la enfermedad o el luto, los cuales conducirían al desaliento; de reveses o fracasos que llevarían a la rebelión; decepciones que acarrearían el desaliento (Jere-

mías 7:16); accidentes que detendrían al creyente en el servicio para el Señor. Tales pruebas pueden, al contrario, convertirse en alabanza si nos acercan a Dios y nos conducen a buscar cerca de él fuerza y ánimo. El alma renovada se halla así fortalecida para atravesar la tentación.

Los siervos tendrían que estar primeramente “sometidos a prueba” (1 Timoteo 3:10) antes de servir. Deberían demostrar que nada serio en su vida sería un estorbo para la tarea que Dios les confíe. En su soberanía, Él dispone de diversos medios para probar a sus siervos. Un tiempo que permita sacar a la luz el estado del corazón y el nivel espiritual es necesario antes de alistarse de lleno en un servicio para el Señor.

El socorro divino

A medida que hicimos el examen de las diversas tentaciones, destacamos los recursos divinos para hacerles frente. Considerémoslos una vez más a fin de estar mejor preparados para enfrentar las pruebas en la carrera cristiana.

En las tentaciones exteriores

En primer lugar nos son presentadas la simpatía del Señor y su intercesión. Hebreos 2:17-18 nos dice: “Debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere... Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados”. Esta comprensión del Señor para con los suyos no es una consecuencia de su poder divino, sino que resulta de la vida que él mismo asumió en la tierra, soportando las flaquezas, las limitaciones y las debilidades inherentes a la naturaleza humana. Conoció la sed, el hambre, el cansancio; la oposición y el odio; la soledad y las incomprensiones de los suyos. Sufrió al ser tentado; por esto es capaz de socorrer a los que son tentados. Conoció el sufrimiento de vivir en un mundo manchado y hostil. Por supuesto, no existía en él la mala naturaleza, la concupiscencia. Las tentaciones no hallaron en él ningún incentivo. Puede “compadecerse de nuestras debilidades”, porque “fue tentado en todo según nuestra semejanza, **pero sin pecado**” (Hebreos 4:15). Él experimentó, pues, el sufrimiento.

Más aún, porque resucitó y fue constituido sacerdote en el cielo “según el poder de una vida indestructible... puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:16, 25). Esta intercesión del Señor está continuamente a nuestra disposición, y él espera que nos acerquemos a Dios por medio de él.

Tenemos también su ejemplo para alentarnos: “**Considerad** a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar” (Hebreos 12:3). Aprendamos a ver (1 Juan 1:1) al Señor Jesús por medio de las páginas de los evangelios; su marcha, su firmeza, su paciencia nos fortalecerán cuando tengamos tendencia a desanimarnos.

Como el salmista, sepamos pensar en él: “Bienaventurado el que piensa en el pobre; en el día malo lo librará Jehová. Jehová lo guardará, y le dará vida; será bienaventurado en la tierra... Jehová lo sustentará sobre el lecho del dolor; mullirás toda su cama en su enfermedad” (Salmo 41:1-3). ¡Consideremos al que se despojó a sí mismo, al que se hizo pobre para que, con su pobreza, fuésemos enriquecidos! Mientras nos rodean las pruebas y tentaciones de la vida, ¡qué alien-

to es pensar en Aquel que, en profunda humildad, siguió su solitario camino en este mundo! Los evangelios nos presentan un cuadro sin igual de los variados acontecimientos de su vida y, a la vez, nos dan a conocer su corazón, de donde brotaron todos sus hechos.

Entonces podremos ejercitarnos en la **paciencia**, tan a menudo subrayada en la epístola de Santiago. Pediremos la “sabiduría” (Santiago 1:5), que nos ayudará a discernir el propósito de la prueba, las lecciones que el Señor quiere enseñarnos mediante las circunstancias permitidas por él, y cómo debemos comportarnos. En respuesta a la oración “Dios... da a todos abundantemente y sin reproche”.

En las tentaciones interiores

Como ya fue subrayado, lo esencial es **huir** de las pasiones juveniles, de la fornicación y la idolatría. Cuando malos ejemplos pudieran arrastrarnos, “a estos evita” (2 Timoteo 3:5). En este ámbito es necesario cuidarnos particularmente de las relaciones que pudieran degenerar y ponernos en peligro de caer, deshonrando así al Señor. Las amistades en Cristo son un precioso recurso en el camino de la fe. El peligro se halla en las camaraderías y en los contactos que llegan a ser más íntimos; terminan por arrastrarnos hacia el mundo o hacia la corrupción.

En Colosenses 3:5 hemos visto el sentido de «hacer morir» (necrosis) en relación con los deseos de la carne. Si acaso una persona del mundo busca atraernos, acordémonos de Proverbios 6:25: “No codicies su hermosura en tu corazón, ni ella te prenda con sus ojos”. Tan pronto como uno se da cuenta de ello, es necesario que corte drásticamente. En cuanto a los puntos débiles de nuestro carácter, lo que debemos hacer es combatirlos con energía: “**Dejad** también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca” (Colosenses 3:8).

Proverbios 28:13 nos dice: El que confiesa sus pecados “y **se aparta** alcanzará misericordia”. No es una energía carnal o legalista, sino la determinación del corazón que desea agradar al Señor. Todo esto implica una disciplina personal en la carrera cristiana: “Corred de tal manera que” obtengáis el premio, dice el apóstol a los Corintios (1 Corintios 9:24). Si se quiere luchar, hace falta ser “templado en todas las cosas” (v. 25, V. M.) para recibir una corona. Y el apóstol agrega: “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre” (v. 27). Lo que quería decir, no lo sabemos exactamente. Otros pasajes dan a entender que se trata de la sobriedad, o dominio de sí mismo; no dejarse llevar por todos sus impulsos, por su pereza o por sus deseos carnales, sino saber sujetar su cuerpo.

El apóstol confió a Tito varias exhortaciones apropiadas para las diversas clases de personas que encontraba en Creta: los ancianos, las ancianas y las mujeres jóvenes. Para los jóvenes, bastaba una sola exhortación: “Exhorta asimismo a los jóvenes a que sean prudentes” (o **sobrios** según otras versiones; Tito 2:6). No se trata de legalismo, condenado en Colosenses 2 con las siguientes palabras: “¿Por qué... os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques?” (v. 20-21). Más bien es preciso que nuestra muerte con Cristo y nuestra resurrección con él sean una realidad. Lo único que importa es cultivar la nueva vida. Tampoco hay méritos al practicar la sobriedad. Ella solo puede realizarse si se anda en el Espíritu, según Gálatas 5:16-23, donde la templanza (o sobriedad) aparece como la virtud que completa el fruto del Espíritu.

La confesión de nuestras faltas a Dios es indispensable para que seamos perdonados y limpiados (1 Juan 1:9). Reconocer nuestros errores ante los hermanos a quienes hemos lastimado restablece las relaciones fraternales. También es una salvaguardia para más tarde. Asimismo, la recíproca confesión descrita en Santiago 5:16 y las oraciones que se derivan de ello, son un poderoso medio educativo para preservarnos de las recaídas.

El oportuno socorro

El socorro divino está constantemente a nuestra disposición. No es intermitente ni parcial.

“Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe” (1 Pedro 1:5). El poder de Dios está siempre presente para preservarnos de las caídas. La fe debe ejercitarse para apoyarse en este poder, asirlo y contar con él. Al final de su larga y dolorosa experiencia, Job pudo decir con gratitud: “Yo sé que tú lo puedes todo, y que no puede estorbarse ningún propósito tuyo” (Job 42:2, V. M.) La mano del Señor siempre está pronta a socorrernos, mano fiel que “al momento” se extendió hacia Pedro cuando se hundía en las aguas a causa de su falta de fe (Mateo 14:31). “Cuando yo decía: Mi pie resbala, tu misericordia, oh Jehová, me sustentaba” (Salmo 94:18).

“Fiel es Dios... que dará también juntamente con la tentación la salida” (1 Corintios 10:13). Siempre podemos contar con su gracia y su fidelidad. El ejemplo de los israelitas caídos en el desierto nos lleva a temer que alguno de nosotros parezca no haber alcanzado el reposo (Hebreos 4:1). Pero nos son dados tres recursos sin los cuales nadie llegaría a la meta:

1. La Palabra de Dios (v. 12)
2. La intercesión de Cristo (v. 14-15)
3. El trono de la gracia (v. 16).

El camino ha sido abierto, el velo rasgado y el acceso al santuario está libre, por lo que tenemos la palabra “acercuémonos”. Acercarse con confianza, con la convicción de encontrar la gracia de Dios; no solo para el “oportuno socorro” sino primeramente “para alcanzar misericordia” (v. 16), esa misericordia que tanto necesitamos durante toda nuestra carrera.

El socorro fraternal

Para guardarnos o levantarnos, Dios puede servirse del **socorro fraternal**. Gálatas 6:1 lo ilustra: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado”. Aquí se trata de una falta accidental que, si bien no requiere la disciplina de la asamblea según 1 Corintios 5, necesita una ayuda espiritual, el servicio de un hermano espiritual, para levantar a quien ha caído. Al que lo restaura, se le exhorta a considerarse a sí mismo, ya que él también podría ser tentado.

Job subraya: “El atribulado es consolado por su compañero” (Job 6:14). Misericordia para con el hermano desalentado, aquel cuyo pie resbala, para quien se halla implicado en circunstancias de las cuales le es imposible salir; misericordia y no juicio.

“Mejores son dos que uno” dice el Predicador (Eclesiastés 4:9). El amigo “levantará a su compañero”; en la pareja, se sentirá el recíproco afecto que da el sostén en los buenos y en los malos días. Y el Señor se acercará a los que así ha unido: “Cordón de tres dobleces no se rompe pronto” (cap. 4:12).

He aquí una última advertencia: “El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12). La pretensión y la presunción llevan a la caída.

Un recurso permanece: “Por la fe estáis firmes” (2 Corintios 1:24). Esta fe que cuenta con el poder de Dios se acerca a él con confianza y sabe solicitar su socorro y su gracia.

Finalmente, una seguridad: “Poderoso es el Señor para hacerle estar firme” (Romanos 14:4). Él “es poderoso para guardaros sin caída” (Judas 24).

Versículos para memorizar

“Bienaventurado el varón que soporta la tentación”.

Santiago 1:12

“Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar”.

1 Corintios 10:13

“No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”.

Hebreos 4:15-16

“Tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno”.

Efesios 6:16

“Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe”.

1 Pedro 1:5

“Poderoso es el Señor para hacerle estar firme”.

Romanos 14:4

El “es poderoso para guardaros sin caída”.

Judas 24

“El que me oyere, habitará con confianza y vivirá tranquilo, sin temor del mal”.

Proverbios 1:33